

DANIEL SÁNCHEZ CENTELLAS

CRuaTi mPO
z e s

CRUZATIEMPOS



ExLibric

DANIEL SÁNCHEZ CENTELLAS

CRUZATIEMPOS

EXLIBRIC
ANTEQUERA 2016

CRUZATIEMPOS

© Daniel Sánchez Centellas

Diseño de portada: Dpto. de Diseño Gráfico Exlibric

I^a edición

© ExLibric, 2016.

Editado por: ExLibric

C.I.F.: B-92.041.839

c/ Cueva de Viera, 2, Local 3

Centro Negocios CADI

29200 Antequera (Málaga)

Teléfono: 952 70 60 04

Fax: 952 84 55 03

Correo electrónico: exlibric@exlibric.com

Internet: www.exlibric.com

Reservados todos los derechos de publicación en
cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este
o

cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada
en alguno

de los sistemas de almacenamiento existentes o
transmitida

por cualquier procedimiento, ya sea electrónico,
mecánico,

reprográfico, magnético o cualquier otro, sin
autorización

previa y por escrito de EXLIBRIC;

su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-16848-12-6

Nota de la editorial: ExLibric pertenece a Innovación y Cualificación S. L.

DANIEL SÁNCHEZ CENTELLAS

CRUZATIEMPOS

Índice de contenido

Portada

Título

Copyright

Índice

El flautista y la princesa

Las mitades de una piedra

Dimitrios, un cronista griego

El herrero hechizado

Muy a menudo, cuando uno lee cuentos o historias antiguas podemos apreciar que el ser humano se puede seguir identificando con esas antiguas pasiones, dramas, dilemas y otras aventuras de la condición humana. Por lo tanto, esos sentimientos y esos valores se transmiten a través de los tiempos dando al ser humano su propia esencia. Este pequeño grupo de cuentos que aquí se os presenta, alude a este concepto y con unos toques de fantasía nos tomamos la licencia de hacer que algunas de esas expresiones del alma humana crucen los tiempos en un solo cuento, como podréis ver en "Las mitades de una piedra" o "El herrero hechizado". Los otros dos cuentos "Dimitrios, un cronista griego" y "El flautista y la princesa" aunque se circunscriben en sus épocas, hablan de lo mismo pues sus valores y sus aspiraciones trascienden más allá del momento en el que ocurren (o pretenden ocurrir). Todos los cuentos han buscado cierta certeza, haciendo referencia a algunos lugares o nombres que existieron realmente y de los cuales se ha buscado documentación. Pero también cierta imaginación licenciosa que quizás algún lector/a encontrará clara y evidentemente en otros nombres. Precisamente, en la elaboración de estos cuentos he creído imprescindibles estas dos características, la veracidad y la imaginación, pues la vida siempre se compone de muchos matices e ideas antagónicas. ¿No es cierto acaso necesario que necesitamos imaginar algo para

comprender su certeza? Como ocurre por ejemplo repetidas veces en la ciencia, que por cierto, se la cita con especial interés en alguna de estas historias.

Huelga decir que varios de estos cuentos, como suele ocurrir con las creaciones literarias, tienen una inspiración autobiográfica, de hecho, algunos de ellos se me ocurrieron en viajes a campiñas o a otros países. No obstante, las vidas de todos nosotros, en diferentes magnitudes o expresiones, siempre tienen algo en común, por lo cual, lo que pueda ser autobiográfico, simplemente es eso, humano, y por lo tanto también pudiera ser vuestro. Por todo esto, espero y deseo que el lector/a pueda encontrar algo con lo que identificarse.

Respecto al título de la obra comentaros que el nombre fue una invención total, una palabra inexistente, pero sin lugar a dudas desde mi más fuero interno, creo que es lo que mejor le podía ir. Simplemente hice caso a mi instinto y eso, algunas veces, funciona. De momento a algunas personas, también les ha gustado, pero quizás mejor que el lector juzgue si representa bien lo que se explica.

Para acabar, haré referencia a frases de narrador en primera persona interviniendo en algunos de los cuentos, os preguntareis ¿estará hablando en serio? Esa respuesta, que está en el discurrir del lector/a, es parte del juego intelectual de la lectura. Aunque también se puede pensar

que ocurran hechos extraordinarios y misteriosos ¿y ocurren realmente? La pregunta está abierta.

Daniel Sánchez Centellas
Granada, 25 de julio de 2016

El flautista y la princesa

Estamos en la época de la siega y los campos de cereales hace tiempo que presentan su estampa dorada, y a pesar de que no sopla brisa alguna, algo ondulaba con un ritmo constante las plantas secas por el calor del verano; son los campesinos del condado de Lunfrau und Metternich en el pequeño reino de Kleine Hassen que se afanan en su dura tarea de segar, que a pesar de ciertos avances en la agricultura es prácticamente la misma desde hace siglos. No obstante, una sonrisa en sus rostros es síntoma de que su trabajo, en particular en su municipio, es algo menos duro o como mínimo más ameno, gracias a la música juguetona que interpreta un flautista del pueblo, sentado encima de un carro lleno de paja. Ese espontáneo flautista es un joven más cercano a los treinta que a los veinte, como se podría adivinar por las facciones marcadas de su cara y por su cuerpo fibrado y fibroso por el trato de la vida. Debido al calor, viste solo su pecho con una camisa basta, mientras su oscura y pesada casaca algo raída y polvorienta descansa a su lado, con los flecos suspendidos lánguidamente en el extremo de la paja. Por desgracia sus ropas de invierno y verano son las mismas por lo que su calzón y medias son igualmente de tonos oscuros y de espesor inadecuado para la época. Entre pausa y pausa de su interpretación bebe con deleite unas pocas gotas de

agua de una bota que también tenía a su lado, siempre racionando y ahorrando como había aprendido para sobrevivir. Si tardaba demasiado en proseguir los campesinos le amonestaban amistosamente con alguna que otra voz o algunos silbidos de aceptable desaprobación. El flautista les contesta con una voz burlona:

—¡Espero que sepáis ver que yo también estoy trabajando! —y como respuesta, la concurrencia soltaba alguna que otra risa fácil. Alguien le contestaba con el mismo tono de sorna: “¡si quieres te lo cambio ese trabajo, perillán!”, lo cual conseguía incrementar las risotadas. Entonces el flautista después de un trago más, seguía interpretando aquello que le venía a la cabeza, sin más, inspirándose en otros que oyó anteriormente, sacando de su imaginación y remendando melodías, ritmos y algún tema popular. Por eso les gustaba tanto a los campesinos, porque él hacía que las cosas no fuesen las de siempre, aunque solo fuese en una melodía.

Lo que no sabía el flautista es que esa música podía llegar a oírse por un oído suficientemente fino y sensible desde un carro que pasaba por el camino que atravesaba el condado, dejando una fuerte impresión a ese pasajero o pasajera. Realmente el oído debía de ser muy sensible, porque los setos y árboles enmascaraban la existencia del campo para el camino y del camino para el campo. Por lo que el principio de esta historia iba a ser una

cuestión de extrema fortuna, al ser oída la flauta de ese vagabundo por la princesa de ese minúsculo reinado.

Cuando la jornada concluyó todos se hallaban muy contentos, incluido el flautista. Pero a diferencia de los campesinos, él tenía una recompensa demasiado etérea e intangible como para no albergar alguna duda. No podía dejar de preguntar, medio en broma “¿Os acordareis de mis honorarios, amigos míos? Recordad que en invierno dentro de las casas también toco muy bien”.

Joachim, que era como se llamaba este flautista, estaba invitado esa misma noche a cenar en casa del campesino más viejo, el más venerado del municipio. Estas ocasiones eran contadas y sucedían por interés de los campesinos, ya fuera para pedir algún favor en concreto o para solicitarle que tocase para algún festejo. En esta ocasión le iban a pedir que colaborase en la orquesta para la fiesta mayor. Él accedería como siempre, aunque fuese algo molesto para él, por tener que interpretar al lado de músicos profesionales que lo menospreciaban. En realidad él sentía que le tenían una envidia transformada en ruin desprecio, a causa del virtuosismo natural que mostraba al tocar su flauta, dicha envidia, también la notaba por la menguada proporción que recibía del reparto de la paga a los músicos, que se daba de una sola vez. Pero es que además sabía que en estos festejos, haría de cuentacuentos de los niños, de camarero, de pinche y de cómico o de lo que se

terciase. No le importaría el bajo salario pues, lo más importante, que es el contacto con la gente y la correspondencia de sus sonrisas, le compensaría del resto de inconvenientes.

A veces hacía falta una mano para construir algo y si por allí pasaba Joachim, no pasaba un minuto que no se estuviera ensuciando de yeso y argamasa, por unas poquitas monedas, una comida o la posibilidad de que le remendasen alguna ropa devolviendo el favor. Y no es que fuese un pobre por voluntad propia, simplemente no tuvo oportunidades o quizás le privaron de ellas cuando vieron que pensaba diferente. Nunca supo adaptarse a lo que le pedían. En su ciudad de origen, era un aprendiz de ebanista, con gran futuro pero que pensaba demasiado y eso no le gustó ni a su maestro, ni a sus padres que le repudiaron decepcionados. Se convirtió de esta manera casi en un proscrito, sin acabar de formarse y encubriendo su pasado allí donde fuese. Con muchas vicisitudes y privaciones fue vagando de pueblo en pueblo en varios estados alemanes, hasta cruzar la frontera con este pequeño y olvidado reino.

Otra vida muy distinta era la de su espontánea oyente que había pasado en su ostentoso carroaje, la princesa de aquel pequeño reinado. Una niña cubierta del amor mesurado y disciplinado de su padre y de la comprensión de una maestra correctora que era su madre. Había tenido

una vida regalada, pero también reglada: que no salía de una clase de piano, para entrar en otra de latín o una sesión para aprender a bordar con oro. Y es que siendo imposible gestar más hijos, los reyes debían sacar partido de su hija para que la ridícula dote del reino de Kleine Hassen fuese lo menos importante ante el delicioso carácter y la cultura excelsa de una chica tan bella, como había conseguido ser su hija. No querían llegar a la endogamia con sus primos lejanos de esa modesta casa real. Esos humildes y amargados reyes deseaban cruzarse con algún Borbón o algún príncipe sueco, o el príncipe de cualquier otro país cuyo tamaño no se recorriese andando en un solo día. No obstante, lo que paralelamente habían conseguido con esa educación y de manera inadvertida, es que la joven se convirtiese en una ilustrada, amante de las ideas que inspirarían los cambios venideros en el siglo XVIII. Entre la inmensa biblioteca que sus padres veían con buenos ojos, habían libros camuflados, como títulos recientes de Voltaire y otros más subversivos. Y ella, por esa instrucción y por esa conciencia, no hacía más que aproximarse al pueblo para conocer las injusticias que padecía y ayudarles aunque fuese desde una caridad piadosa, que era del único modo que podía hacer algo. De nuevo, algo aceptado por sus padres, dado que ser amada por su pueblo y mostrar una caridad cristiana era visto como un equipaje deseable para una princesa casadera.